

Héctor Manjarrez
Baviera Serbia
Hungría
(un diario)

A Camila, entonces a tres meses de nacer

I

20 de octubre de 1989. En vuelo del DF a Frankfurt.

This is an authentic passenger statement: nunca antes había volado por Lufthansa, y la comida que sirven es de las más repulsivas que haya ingerido yo en un aeroplano. ¿Dónde está el salmón que otros afirman haber paladeado en vuelos de Lufthansa? Además, despegamos ochenta minutos tarde; no sé qué portezuela no cerraba. ¡El colmo!

Entre otras revistas ofrecidas al pasajero, me llama la atención una toda, toditita, de papel couché, de lo más glaseada, brillante, eurochic: sin Das y sin K, se llama *Capital*. Como no entiendo lo que dice, lo que miro son Los Anuncios. Y qué anuncios tan espectacularmente... de Buen Gusto. El que más me llama la atención es uno que destaca las virtudes de un Volvo *muy* especial: su nombre es Kombi Limousinen. Digamos que es mi primer shock europeo: ¿quién ha oído hablar de una combi de superlujo?

En realidad, este vehículo es lo que en México llamamos una guayín, una camioneta; compacta; ah, pero con vidrios polarizados y no sé cuántas y cuántas funciones y virtudes modernísimas. (La Vieja Europa se ha convertido en un continente que ya no desprecia las tecnologías de punta, sino que las adora...) Kombi Limousinen. Sobrio. Lujoso. Potente. Elegante. A los júnior de la burguesía mexicana les encantaría. Gran-coche-sueco-pequeño-potente-polarizado. Y si no a ellos, a mí sí: miro y miro la silueta y los interiores de la Kombi Limousinen, y reconozco que está a años luz de los viejos Opel y del Austin MiniMinor y de los viejos Citroen-Mafalda-2CV en que antes se desplazaban los europeos. *Capital* —toda lujo, toda tecnología— me demuestra lo que, teóricamente, yo ya “sabía”: que mi Europa de 1962-1971 y la Europa de 1989 son Muy Muy Distintas. Me siento como alguien del pasado que llega al Futuro.

Europa *Capital*. Europa con sus Kombis Limousinen. Cierro los ojos y me pregunto, un poco asustado: ¿cuántos productos de consumo más me asombrarán en Europa Occidental durante este mes?

Cierro los ojos... Un mexicano viaja a estos emporios revitalizados —o por lo menos reprosperizados— íntimamente convencido de que su modelo (gringo) de cepillo de dientes es obsoleto, dañinísimo para las encías y quizás hasta cancerígeno. También persuadido de que su

coche (japonés) no existe en los países "avanzados" desde hace cuando menos un lustro, si es que alguna vez existió. Una vez que ponga pie en suelo europeo con mis zapatos del "Borceguí", si algo puede devolverme la condición humana será comprarme un cepillo de dientes como el mío.

Me llama mucho la atención de los anuncios de *Capital* que en ellos, fascinantes como son, No Hay Sexo. Ni obvio, ni subliminal; ni crudo, ni cocido. Esta idea —la de la falta absoluta de sexo en la publicidad— me escandaliza un poco, como algunas de las últimas películas de Fassbinder: ¿acaso las castas superiores de Europa Occidental juzgan los productos tan sólo por *su mechanic o electronic-appeal*? ¿A dónde vamos a ir a dar? ¿Ya no apelan a nuestros más sexuales y sexistas instintos?

Educado en la virtuosa doctrina de los años sesenta de este siglo, hasta hoy —hasta hace veinte minutos que ojeo *Capital* con azoro— siempre estuve totalmente en contra de la obviedad y de la subliminalidad sexual en la publicidad. El Chic Racional de *Capital* me ha abierto la puerta de una esfera de valores diametralmente distinta. Si la publicidad ya no se dirige al Sexo, ¿qué cosa más profunda aún han detectado los publicistas en los hombres y las mujeres, por ahora en Europa del Oeste?

II

Por lo demás —unas horas más tarde—, hay que reconocer, definitivamente hay que reconocer que las azafatas de Lufthansa sonrían tan lindo como las modelos de azafatas sonrían en los anuncios de Lufthansa. (*Also an authentic passenger statement.*)

Meine damen und herren... Estamos a equis coma equis miles y miles de metros sobre la tierra. Les recomendamos que observen cuidadosamente los jirones de Groenlandia que aparecen en sus ventanillas... Observamos jirones de nieve, de una tierra color gris, tan fantasmagórica como uno se la había imaginado; y no bien nos alejamos de Groenlandia, las azafatas nos ordenan que bajemos las pantallas de las ventanillas.

¿Por qué? ¿Por qué no nos permiten mirar hacia afuera, hacia la oscuridad? ¿Temen que Dios le haga guiños a Alguien, o que le ordene a Alguno que secuestre la nave al más allá del empíreo?

Hago caso omiso de las órdenes del piloto y las azafatas. Sigo mirando hacia afuera, donde la oscuridad aún no es absoluta. Una azafata me sonrío, como si entendiera mis motivos, y enseguida me ordena dulcemente que baje la pantalla. Indignado con mi falta de carácter, le obedezco.

III

Eichstätt, ciudad universitaria, católica, catorce mil habitantes, en el corazón de Baviera.

Europa Occidental en este momento está ufana de sí misma. Hace 44 años —mi edad— estaba en ruinas; en los años sesenta, cuando yo viví aquí, Europa a un mexicano de clase media le parecía anticuada, *quaint*; en los ochenta, Europa Occidental es la primera potencia económica y cultural del mundo. Europa del centro —*Mitteleuropa*, a la que la Guerra Fría nos acostumbró a llamar Europa "Oriental empieza a desmantelar el comunismo y adopta como ideal la democracia capitalista realmente existente. El Islam, fanático y guerrero, horroriza a los europeos, que se sienten de vuelta de *sus* guerras y fanatismos; como si hubieran sucedido hace mucho pero mucho más de 44 años. En África millones mueren de hambre y de enfermedad. Estados Unidos es un "gigante enfermo". Gorbáchov necesita a Europa Occidental y le dice que toda Europa es "un solo hogar". ¿América Latina? Países lamentables, con muchos líderes de ópera bufa. Sólo los asiáticos ofrecen competencia. Europa no duda de que ha vuelto a ser el Centro del Mundo.

IV

Esta noche la paranoia, el terror absoluto de todo judío, turco, polaco, etcétera, etcétera, se nos hizo presente en el restorán Kronen.

¿Qué es la Raza Superior? En Europa, la idea de raza superior es un muchachote muy sano, muy alto, muy

rubio, muy arrogante y de ojos muy azules. En el piso superior del Kronen, había veintitantos fornidos especímenes de esa raza superior. En la flor de la edad, habían bebido ya muchas, muchas cervezas *helles*, es decir rubias. Vestían pantaloncitos cortos, negros; camisas blancas; unos botas, otros zapatos negros; medias grises. Eran todos idénticos, excepto que cada uno era más gallardo que el anterior. Sus muslos rosados y un poco regordetes parecían chamorros de cerdito de caricatura. Veintitantos campesinotes borrachos celebrando a los dioses de la juventud, del lúpulo y de Baviera.

Se entretenían en cantar, en gritar, en chocar los tarros y en procurar vencer en un concurso que les divertía de sobremanera. Se trataba de un Concurso de Eructos. Cada muchachote de aquéllos, al tocarle el turno, bebía la mayor cantidad posible de *helles*, abría sus piernotas y, mirando hacia la parte inferior del restorán, profería su heroico eructo, al que seguían los gritos y carcajadas de sus compinches.

Cuando entramos en el Kronen dieciocho variopintos mexicanos —morenos, blancos, judíos, mujeres, varones—, los veintitantos representantes de la raza superior interrumpieron su lid (que no *lied*). ¡Entraban personeros de algunas de las razas inferiores! Nos miraron con el ¿qué me ves? desafiante de un tabasqueño o jalisciense; pero también con desprecio; y también con odio. ¿Por qué con odio? ¿Qué parte de su ser se sentía amenazada por nosotros? Esa parte muy profunda

del alma en la que el alemán ha recluso su vieja, eterna inseguridad, tal vez.

Los ignoramos, como se ignora a los borrachos beligerantes en México y en todas partes. Como hacernos a la idea de que estábamos en "El Tenampa", la situación parecía manejable. ¿Que algunos de ellos se agarraban los genitales con ambas manazas y les dirigían palabras cachondas a las mujeres en nuestro grupo? No era importante. Lo que sí importaba era que cada uno de nosotros tenía muy presente en ese instante: que en los *bierhallen* de Baviera fue donde se inició el irresistible ascenso de Hitler.

¿Lo saben ellos, o lo han olvidado? Claro que lo saben. Un jalisciense nunca ha producido, después de su borrachera, campos de concentración. Los abuelos de estos muchachotes, sí. Dachau se encuentra a unas decenas de kilómetros de Eichstätt.

En el Museo Diocesano de Eichstätt hay algunos objetos muy comprensibles para un mexicano. Objetos religiosos, de devoción. Uno percibe de inmediato que compartimos la misma forma fetichista, barroca, excesiva, ñañarísima: católica: a la deidad se le rodea de todo tipo de objetos, de adminículos y de santos. El protestante Kant decía que los negros con sólo decir unas palabras hacen divino *cualquier* objeto. Los bávaros y los mexicanos arriman objetos a la deidad, y con ello los sacralizan, los bendicen. En este Museo Diocesano hay una Schwarze Hand, una mano negra, que hoy es parte de la historia de Eichstätt (dentro de un país protestante) y ayer fue objeto de encendido culto.

Sin embargo, por barrocos y fetichistas que lleguen a ser, aquí, y en toda Europa, son monoteístas. Los muchachones de grandes chamorros y pantaloncillos cortos creen en un solo Dios (cristiano), un solo color (blanco), una sola comida (cerdo) y un solo equipo de fútbol: (con)funden el fanatismo y el entusiasmo. Herr Kant decía que "conviene distinguir siempre el fanatismo del entusiasmo. Aquél cree sentir una inmediata y extraordinaria comunidad con una naturaleza superior; éste significa aquel estado en que el espíritu se halla encendido por un principio cualquiera más allá del grado conveniente, ya sea por la máxima de la virtud patriótica, de la amistad o de la religión, sin que en ello intervenga para nada la idea de una comunidad sobrenatural" (*Lo bello y lo sublime*). Los muchachotes del Kronen —uno lo ve en sus ojos arrogantes *a la vez* que beodos—son, a su joven edad, fanáticos; fanáticos monoteístas, y fanáticos soberbios, porque son cristianos. Si el Islam es la religión del orgullo, la cristiandad es la religión de la soberbia.

Europa Occidental en general no se carcajea, no sabe lo que es una carcajada. En inglés, quienes sucumben a los *guffaws* sucumben siempre, de alguna manera, al exceso y/o vulgaridad. En francés, el verbo carcajearse no existe; a veces, la gente prorrumpe en *éclats de rire*, estallidos de risa. Pero Baviera, en cambio, sí se carcajea y cuando se carcajea, *asusta*. Al oírlos carcajearse, me sonrió con los bávaros, porque entiendo ese placer, y sé que es contagioso.

Pero luego me asusto. Es como si dieran un salto de casi metro y medio al carcajearse, pero una vez en el aire sintieran debajo de sus cuerpos una cañada de ciento cincuenta metros, llena de ecos, llena de vacíos y de miedos. Sus carcajadas, aun las más risueñas, a mí me suenan siniestras. Como si la risa incontrolable no fuera un regalo de Dios, sino de los demonios.

¿Exagero? Es posible que sí.

Esos muchachones de chamorros tan blancos y rosados y rollizos ¿qué se sueñan? Se sueñan dioses alpinos, como los austriacos. Tal vez si sus montañas fueran más altas —como las Himalaya, los Andes y la Sierra Madre— entenderían un poco mejor que el hombre *no* lo abarca todo, ni lo entiende todo, ni lo norma todo, ni puede ponerse en manos de un solo Dios. Pero les es imposible entender esto con todo su ser. Para ellos, tal cosa es metafísica.

Nunca hubo esta noche, en el Kronen, la sensación de que los mexicanos corríamos un peligro real. Las reglas de la civilización no se quebrantan ni fácil ni impunemente, a final de cuentas. Pero al regresar al hotel, entre bromas y burlas sobre los veintitantos mocetones (que tanto desprecio y odio heredado, no provocado, sentían por nosotros), varios sentíamos *une petite peur*, un miedito.

V

La pequeñísima comunidad extranjera en Eichstätt —básicamente mexicanos que asistimos a un congreso sobre literatura mexicana, más algún inglés, alguna italiana, alguna argentina, algún austriaco, algún chicano— siente frío, y este frío no es tan sólo obra del clima. Es el frío que emiten los lugareños. Le pregunto a Hugo Hiriart, que acaba de pasar dos días disfrutando de Munich, si también él ha experimentado esta soledad no buscada, y me responde categóricamente que sí; y señala que ese frío no es solamente efecto del recogimiento sobre sí misma y la falta de cosmopolitismo de una ciudad muy pequeña como Eichstätt, sino que en su opinión es algo que exudan los bávaros.

Evidentemente, no se trata de que los bávaros "carezcan" de alma, como los indios para varios de los conquistadores españoles. Sin duda la tienen, pues son seres humanos. Pero es un alma que parecería estar encerrada dentro de una jaula de cristal muy duro, muy tajantemente cortado, y que no siente más que lo que escoge sentir y no expresa más que lo que debe expresar (o no puede evitar expresar, como el desprecio y el miedo). Los muchachotes del Kronen, anoche, expresaban su ebriedad y su nacionalismo y su desagrado completo y visceral por quienes no son como ellos (lo cual bien puede abarcar a alemanes de otras regiones). En estado de sobriedad, sin embargo, los bávaros a mis ojos no expresan nada: ni amabilidad, ni curiosidad, ni sensualidad, ni individualidad.

En Eichstätt sólo son amables unos contados comerciantes —pero es una cortesía como de autómatas— y la gente que se ocupa de los visitantes. Entre ésta, hay cuatro o cinco personas que son,

para el estilo local, muy cordiales. Curiosidad, casi nadie parece, tenerla, a pesar de que por fuerza un mexicano debería suscitarla. Sensualidad no hay absolutamente ninguna, ni en hombres ni en mujeres; los palurdos del Kronen eran tan sólo sexuales y machistas cuando se tomaban los genitales con las manos.

Si buscan en su alma, los lugareños encuentran desagrado hacia los forasteros, pues éstos no son como ellos. Y si no buscan dentro de su alma, entonces *no ven* a los fuereños. Nunca había tenido yo la sensación de invisibilidad. Los hombres no miran a las mujeres foráneas, por guapas o extrañas que sean; las mujeres no observan a los forasteros; y lo que sí es increíble: ni siquiera los niños muestran en su mirada que tienen ante sí a un individuo —a veces a varios— que viste y luce y habla muy distinto de ellos. ¡Y viven en una ciudadcita de catorce mil habitantes!

Baviera da la impresión de ser una región autista que aun en la época de la Aldea Global no quiere saber de los demás, ni entiende por qué existen. (No hablo tan sólo de Eichstätt; hablo también de Munich, tan provinciano, tan pueblerino, a pesar de su aspecto Euromoderno.)

VI

Hoy caminábamos por Eichstätt.

Entramos en una iglesia luminosa, desierta y desnuda, a todas luces protestante.

No había un alma. Quizás no la había habido en semanas.

Del coro irradiaban las voces viriles y sublimes de un coro masculino. Sentí una gran emoción, un tanto inasible. ¡La música religiosa alemana! Alemania es a la música religiosa cristiana lo que el Tíbet a... Se trataba de una grabadora (un "ghetto-buster") que reproducía en aquella diáfana y profunda soledad las voces de los hombres cantando a Dios con el idioma divino de Bach. Si acaso Dios entiende alguno de los lenguajes del hombre, debe ser el lenguaje de Juan Sebastián.

Ayer estuvimos en la catedral, que es católica y está dedicada a San Wilebaldo, el arzobispo y príncipe y además santo que fue y es el héroe cultural, teologal, de los habitantes de Eichstätt y los parajes cercanos. La oscuridad de ese recinto no era profunda. Era lúgubre, casi un tanto tenebrosa. El gusto católico por el fetichismo no expresaba, además de su obligado gusto kitsch, ninguna espiritualidad. El kitsch de Eichstätt (y el más "pastelesco" de Munich) no expresa —en mi opinión— la devoción de los humanos hacia Dios. (El kitsch tanatófilo de la iglesia de la Soledad, en Oaxaca, según yo, sí expresa la devoción humana hacia la siempre viva, la Virgen.) Lo que expresa el kitsch bávaro es una frialdad radical, fundamental, hacia el mundo, *todo* este mundo que ellos suponen creado por *su* Dios.

No me extraña que se haya hablado tanto del Exilio Interior de muchos de los más escogidos espíritus alemanes ante los horrores del nazismo, los horrores sin nombre y sin número del nazismo. No me asombra que a un Heidegger no le haya parecido necesario vincular su elevada filosofía a su baja conducta política. Aquí es muy difícil comunicar juntas las ideas y las emociones; antes están las

necesidades, entre otras la de sentirse parte de "una inmediata y extraordinaria comunidad con una naturaleza superior". Estar aquí me explica casi a la perfección aquel dictum de Hegel: "Lo real es racional". Lo que no es real para ellos, no es racional; y lo que no es racional, en buena medida no debería existir; y lo espiritual es un dominio tan sagrado, tan elevado, tan tan inefable, tan *intocable*, que por *definición* se opone a la vida.

Según una conversación que tuve hace años con Mirko Lauer, se entiende que para los latinoamericanos Lo Real es Nacional. Lo que se quiere decir con ello es que Lo Nacional (todo lo nacional) es tan prolijo y abrumador en Perú, en México y en otros países, que acaba por ser Lo Real. En Eichstätt lo regional es lo real porque todo lo demás —desde el protestantismo de toda la otra Alemania y una parte de Baviera misma, hasta la figura extraña de un mexicano de pie en una esquina o tratando de darse a entender en una farmacia— de hecho no existe o mejor valdría que no existiera. Todo lo que es Lo Otro es "Exotische" y al grueso de los alemanes lo exótico no les interesa y entusiasma (es decir, fanatiza) más que durante el verano y en lugares donde ellos puedan llegar en grandes números, trátase de costas españolas, yugoslavas y corsas, o de Tailandia.

Hoy, mientras caminaba por las callejuelas semicoquetas de Eichstätt, me pareció entender las difíciles raíces y la fabulosa audacia de los grandes espíritus germánicos, muchos de los cuales son del número de los más altos de Occidente: Heine, Goethe, Schiller, Kant, Büchner, Schubert, Novalis, Nietzsche, Eckhart, Beethoven, Brahms, etcétera, etcétera. Me parece que ya entiendo un poco más el odio apasionado de Thomas Bernhard hacia su Austria natal, y la autodestrucción personal de uno de los genios indiscutibles de los años setenta, Rainer Werner Fassbinder.

La madrugada, por cierto, ya está llegando. Dos pájaros se llaman entre sí afuera del hotel. Si yo saliera ahora, me iría a las montañas —llenas de árboles otoñales de inexpresable belleza— a "encontrarme conmigo mismo" y con la naturaleza, a la manera alemana. *Wanderer-Fantasie*.

El reloj de la catedral da campanadas. Un coche calienta el motor. Pasan tres ciclistas colina abajo, extáticos. Son las 5:45. Aquí la idea de civilización es tan Absoluta y tan Cotidiana, que uno *sospecha y desea y teme mucho*, todo a la vez, que sólo sea una muy tenue película que oculta otras cosas.

La caminata diaria de Herr Kant, a hora exacta, se vuelve comprensible: en Alemania, el caos debe de tener su horario, o nos devora; nos hace parte de él, sus cómplices. El caos tiene sus horas, y tiene sus lugares: los *bierhallen*, por ejemplo, esas inmensas tabernas donde la gente se embriaga y canta y grita; en una palabra, se expresa. En Munich y en Eichstätt he colegido que para la gente de aquí la locura es temible, pero también es una *liberación*; y si es colectiva, mejor, porque es una afirmación multitudinaria de los verdaderos sentimientos del alma.

¡U Beogradu!

Aunque Belgrado es tres veces mayor que hace veintiséis años —ahora tiene millón y medio de habitantes—, es reconocible de inmediato: su no-estilo arquitectónico, sus lóbregas paredes grises, su aire provinciano e ingenuote. Me detuve frente al Hotel Majestic, donde tantas noches, hace ya más de un cuarto de siglo, veníamos a beber y buscar pichkitsas, literalmente coñitos; no quise entrar.

El eterno olor penetrante de Belgrado durante la temporada fría. El olor del carbón. No es un olor agradable.

Una novedad: muchos coches; generalmente viejos y nuevos Fiat-Sástava, fabricados en Yugoslavia. Pero también hay Mercedes y Audis y Peugeots grandes y flamantes. Pertenecen a los privilegiados de la nomenklatura y a los yugoslavos que han regresado con dinero luego de partirse el lomo durante años en Suiza, en Alemania, en Francia.

Otra novedad: la ciudad (y el país entero) está repleta de tiendas Duty Free donde se expenden alcoholes, perfumes y otros artículos extranjeros. Estos comercios no son para el turista, que puede sin embargo aprovecharlos; están destinados a aquellos yugoslavos que poseen divisas extranjeras. A juzgar por el increíble número de expendios Duty Free —rara vez vacíos, aunque alguna gente, es cierto, sólo entra a mirar los bellos productos capitalistas—, miles y miles de yugoslavos cuentan con moneda foránea.

La gente ya no viste toda igual. Hay hombres de cabello largo, mujeres semipunk, etcétera. Ya no existe la uniformidad de hace veintiséis años. Pero la gente no se ve feliz. Se percibe mucho mal humor, aunque el serbio es un pueblo cariñoso y afable. La crisis económica es, sencillamente, pavorosa: mil por ciento de inflación anual, entre otros datos. La crisis política es aún peor: serbios (de religión ortodoxa) y albaneses (musulmanes) se entrematan en la provincia de Kósovo. Croatas y eslovenos (católicos) detestan a Serbia. Bosnios y hercegolinos (musulmanes) pasan por una fase de fortísima fermentación fundamentalista islámica. En Macedonia también hay conflictos étnicos. En Montenegro, la pobreza de siempre.

Uno y otro y otro me dicen: "La culpa es de los comunistas". ¿La culpa de qué? De la pobreza, de la desesperación, de la falta de libertad, del encono y el cinismo de la población; responden. Y de algo que a todos, sin distinción de nacionalidad y credo, les duele y *enfurece* aún más: la falta de conocimiento de su propia historia (macedonia, croata, montenegrina, bosnia, hercegovina, serbia, eslovena; más las minorías húngara y albanesa y gitana). "Nos enseñaron puras mentiras. La historia del comunismo, no la nuestra."

Pido que me expliquen. Un joven amigo nos lleva a Evelia y a mí a la colina donde los ríos Sava y Danubio se juntan bajo la mirada de lo que queda del castillo del Kalemegdan. Lo que queda de esa fortaleza es de varias épocas y distintos estilos: serbio, húngaro, austriaco, turco, según quien dominara Belgrado en el transcurso de los siglos. Nuestro amigo nos da una larga y fascinante

charla arquitectónica, arqueológica e histórica, al cabo de la cual, furioso y dolido, nos aclara que ha sido apenas muy recientemente que los arqueólogos han podido excavar los vestigios del Kalemegdan, por lo que de hecho en nuestros días apenas si se está comenzando a revelar la historia, esa historia que las piedras son capaces de contar mejor incluso que los libros.

Pregunto a mi amigo si también es culpa de los comunistas (serbios) que una parte tan importante de la historia de Serbia se desconozca. Me replica que sí; que los comunistas —decir "comunistas" en los países socialistas es decir algo mucho peor que "priísta" en México; lo que no quita que muchos ciudadanos sean todavía miembros de la Liga de los Comunistas— sofocaron y enterraron la historia del pueblo; pues no querían que se recordara lo que los croatas, los eslovenos, los húngaros, los austriacos, los búlgaros, los rumanos y los turcos le hicieron a los serbios, y los serbios a ellos en Batallas Gloriosas, en el curso de numerosísimas y atroces guerras. Sólo de un enemigo se podía y debía hablar: Alemania.

Redarguyo a nuestro amigo que, aunque llevada a cabo de manera despótica, no me parece mala en sí la idea de sepultar para siempre una historia, como es ésta, tan llena de odio y tragedia y masacres. "Pero ¡es *nuestra* historia!", me responde, "¡no tienen derecho a ocultárnosla!"

Abajo, cerca de la confluencia de los dos anchos, pesados ríos, se divisa una coqueta casamata construida por los húngaros en el siglo XIX.

—Lo que pasa —digo a mi amigo en mi papel de Viejo Amigo de Yugoslavia— es que si cada una de las repúblicas yugoslavas (y Albania, Hungría, Rumania y Bulgaria) se pone a recordar su historia, los odios renacerán. ¿Sabes lo que sucederá entonces? Una balcanización aterradora, sangrienta.

— ¿Una qué? —pregunta nuestro joven amigo.

Balcanización. ¿No sabes lo que significa "balcanización" ?

—No.

—Es la historia misma de lo que ahora se llama Yugoslavia.

—¿Ves? Te lo dije: los comunistas nos han ocultado nuestra historia.

Desisto de discutir.

Minutos después llegamos a una capilla, cuya reja entreabre una afanadora. ¿Podríamos entrar? Sí, como no, nada más que termine de trapear, nos dice. Aunque su labor la paga el Estado, la buena mujer no padece de Pereza Socialista; se apresura, toda diligente, para que la capilla, por fin abierta a los devotos, luzca siempre bonita y limpia.

Mientras aguardarnos, observamos dos cosas. La primera es una especie de cueva chica o nicho grande en uno de los contrafuertes: está atiborrada de velas y de imágenes de Cristo y su Madre, y una joven madre y sus dos hijitos rezan. La segunda son unas habitaciones de ladrillo a medio hacer. "Son para los monjes que van a vivir aquí. La capilla ya no estará a cargo del Estado, sino de la Iglesia", me

explica mi amigo con una sonrisa irónica.

La afanadora nos franquea la entrada. Hay "frescos" de mosaico, a la usanza bizantina. El Cristo. La Madre. Una mujer de unos cuarenta años se acerca a la Virgen y, conforme a la costumbre de los cristianos ortodoxos, la besa en la boca. Miro a nuestro amigo, que me bisbisea:

—Sí; fanatismo. Ni modo. Sin este fanatismo nunca sabremos quiénes éramos y quiénes somos.

Además del Kalemegdan, que domina la ciudad y sus ríos, dos edificios me han llamado la atención desde que estoy aquí. Uno se encuentra en Novi Beograd, la ciudad satélite de Belgrado, toda de muy grandes edificios de apartamentos, algunos sorprendentemente hermosos. Se trata de una torre particularmente alta que no es ni bella ni fea, sino más bien banal; se ubica curiosamente aislada de los conjuntos que la rodean. ¿Qué es?

—Es el Comité Central; —explican con una sonrisa.

El otro edificio se encuentra aún en construcción, y todo parece indicar que será feo y sin gracia. También éste es obra del esfuerzo conjunto del Partido y el Estado; pagado, pues, por los impuestos del pueblo. ¿Es un Palacio de los Congresos como los que se suelen estilar en los países socialistas? No. Se trata de la nueva y grandota y carísima catedral ortodoxa... Los políticos locales, que son todos nacionalistas, y aparentemente creyentes, la bendicen y la cubren de preces.

VIII

La noche del día que llegamos a Belgrado experimenté una gran emoción. Esta fue la primera ciudad dónde viví cuando me marché de México, a los diecisiete años. Durante once meses medio aprendí otro idioma, medio experimenté lo que es vivir en otra cultura y otro sistema social, y medio aprendí a disfrutar del amor. No es poca cosa.

¿Qué tanto puede uno recordarse a sí mismo cuando tenía diecisiete y dieciocho años y 44 era una edad que ni siquiera el propio padre había alcanzado? Muy poco. Como dice Hartley, el pasado ciertamente "es otro país"... Pero Yugoslavia es, a su vez, otro país, y fue allí donde llegué a celebrar mi cumpleaños 44.

Esa noche ebria de recuerdos y de vino viví de nuevo lo que hace veintiséis años. Sentados en la misma silla, mi yo de ahora y mi yo de entonces comieron, bebieron, rieron, lloraron, gritaron y cantaron. Durante breves y bulliciosas y sentimentales cuatro horas, fui aquel que yo había sido. No sólo recordé, sino que realmente volví a vivir mucho de lo que yo creía y sentía a los diecisiete y dieciocho años. Experimenté un desdoblamiento de la personalidad, pero sin el sufrimiento de la psicosis.

Shlivovits, el más popular licor local, he bebido algunas pocas veces en estos años, pero no *crno vino*, es decir vino tinto de gestos parajes. En el momento de tomar el primer trago de un Vranac,

se desató en mí la honda —la mística— emoción del recuerdo, Ya el aroma del pan, ya el olor de las carnes al grill, ya la salsa de pimiento rojo, ya la copita de Shlivovits, ya las voces de la gente, ya los músicos me habían dejado sensible y ávido, me habían hecho presentir la hondura y fuerza de que es capaz el recuerdo de los tiempos perdidos. Al probar el *crno vino*, el ayer volvió de un golpe, como si un amigo de los más queridos, pero muerto, se sentara frente a mí y me hablara de lo que hablábamos él y yo en 1963 y en Belgrado. Ese amigo olvidado, esa otra persona, era yo.

Y ¿cómo poner por escrito lo que es volver a comer chibapchich? Tal vez sólo así: casi como volver a comer tacos después de veintiséis años. ¿Cómo decir a qué me supieron los primeros tragos de ese Vranac, si el sabor peculiar de ese vino era para mí el sabor inconfundible del pasado redivivo? ¿Cómo describir la música?

Fue desde que nos encontramos con que los restaurantes estaban atestados que se desató en mí el Dispositivo de Pasado. Dije: "No hay problema. Con decirles *ja sam meksikanac* nos darán una mesa". ¿No hice exactamente eso en innumerables ocasiones hace veintitantos años? ¿No son los serbios un pueblo enamorado de México y los mexicanos, sus películas, su música? Y, por otra parte, ¿qué mexicano no sucumbe al encanto de estos locos entrañables, sencillos, ingenuos y cariñosos que son los serbios?

Los músicos tocaban su clarinete, su acordeón, su guitarrón, su violín, su contrabajo, y Evelia no daba crédito... En efecto, el primer encuentro con el alma eslava es pasmoso. ¡Tanta profundidad, tanto sentimiento!, ¡y esas voces de barítonos y bajos que asombran y conmueven!... Un comensal cantaba —la *Ochichornia* rusa— y todos, los setenta parroquianos, palmeábamos las manos, y varios hacían coro, y los músicos —además— tocaban literalmente con toda su alma.

Pero la música de aquí no expresa tan sólo el gran, heroico sentimentalismo de los eslavos; es gitana, es balcánica —más alegre y saltarina— y tiene un poco de austriaca, un bastante de griega y muchísimo de otomana. El clarinete va y viene por las espirales de estas melodías, en larguísima conversación con el acordeón. Sinuosa, ondulante, hay momentos en que la música nos lleva hasta Estambul; tan heteróclita como es armoniosa, pasa con la mayor facilidad de la melancolía al alborozo.

Evidentemente, cuando revelamos que éramos mexicanos, nos hicieron lugar en una mesa. Evidentemente, músicos y comensales cantaron para mí, con gran afecto y sentimiento, esa canción mexicanísima que aquí todo el mundo se sabe de memoria, *Mamá Juanita*; nosotros la conocemos como *Las mañanitas*... Evidentemente, el bigotón mesero (antes de intentar estafarnos con la cuenta) me estrechó entre sus brazos dos veces, y me cubrió de besos. Evidentemente, de una mesa me obsequiaron una segunda botella de Vranac. (Un individuo que no me abrazó cuando fui a agradecerse la y brindar, porque era un serbio sentimental pero también, ojo, un *yuppie* nativo. Sólo me estrechó la mano.) Y evidentemente las cuatro horas fueron de una alegría y un lagrimeo

impúdicos.

En Mitteleuropa y en los países eslavos hay, podría decirse, un "exceso de alma". (En el sentido en que los negros tienen "mucho ritmo".) Son almas tan grandes, que no les caben; y se les derraman en cuanto beben. A los eslavos del sur (pues Yugo significa sur) el alma se les rebosa con frecuencia: con un afecto que impresiona, y también con una antipatía que sobresalta.

A los bávaros su Exceso de Alma los lleva a una locura, y esa locura es disciplinada y colectiva. A diferencia de los eslavos, sólo tienen alma cuando tienen Exceso de Alma.

El día antes de mi cumpleaños en Belgrado, estuvimos en Munich en un *bierhalle* muy famoso de cuyo nombre no puedo acordarme.

Se trata de un recinto enorme en la parte "antigua" de Munich, con largas mesas a las que se sientan decenas de bávaros que beben grandísimos tarros de cerveza y comen cerdos, puercos, cochis, marranos y chanchos en diversas pero no muy variadas formas.

En Eichstätt, la atmósfera cambió los dos últimos días. Los niños entraron a la escuela: se oía su maravilloso bullicio durante el recreo; de noche, los universitarios llenaban una pizzería; a la que nos habíamos acostumbrado, haciéndola casi cálida y agradable. Luego, ya en Munich, las primeras horas estuvieron llenas de placeres y gustos, en compañía de Margo Glantz y Hugo Hiriart. El día era bello, a la vez caluroso y otoñal. Las maravillas de la Alte Pinakothek — Cranach, Durero, Brueghel... — no habían perdido nada de su pasmosa grandeza.

En el trayecto de Eichstätt a Munich, el tren no se detuvo muchas veces, pero una de las paradas fue, digamos, significativa. Por la ventana vi unas casas, un estacionamiento de coches y otro de bicicletas, mujeres guapetonas, viejecitas con sombrero, niños de preescolar. Ni un solo hombre. Pensé: "Un pueblecito alemán como cualquier otro".

—Pero ¿cómo puede alguien vivir en este sitio? —preguntó Hugo.

—¿Qué tiene este lugar? —pregunté a mi vez.

—Es Dachau... —murmuró, casi gritando, Hugo.

El tren se echó a andar. Margo, Evelia y yo pudimos ver el letrero que decía *Dachau*, tan legible y sencillo como cualquier otro. No tenía ribetes negros. No tenía una estrella de David, ni una hoz y un martillo, ni un arete dorado, ni una cruz, en memoria de los judíos, los comunistas, los gitanos y los cristianos que el nazismo encerró y asesinó allí.

En el Campo de Exterminio de Dachau hay, me ha dicho alguien, hornos crematorios pequeños, para los bebés. Un espíritu metódico no podía olvidarlos.

En toda la zona aledaña a Dachau, se ven unas alambradas. No son púas de los campos. Son alambradas que trepan sobre estacas altas y en las que crece el lúpulo.

Con el lúpulo se elabora la cerveza, y la cerveza es la bebida más común en Baviera, donde no vale la pena el vino. Cada noche de viernes y sábado, en los *bierhallen* de Munich se consumen

incontables litros de cerveza. En aquel célebre *bierhalle* al que fuimos a dar, las largas mesas, una tras otra, estaban atestadas. Son tablones rústicos en los que llegan a caber, apretados en las bancas, más de veinte individuos; hombres en su inmensa mayoría, aunque no falta la *fräulein* de cabellera muy castaña o muy rubia y muy larga. (Parecen todos extras de Wagner, como en "El Tenampa" hay muchos extras del Indio Fernández.)

En aquel galerón tan grande, la gente que lo atesta se embriaga, como dicen los anglosajones, *seriously*. La borrachera los alegra; y la alegría, para no ser menos, los emborracha. Con el objeto de que esta alegría se comparta, cientos y cientos de individuos se mecen de un lado a otro, al mismo tiempo y en la misma dirección; y empujan todos al mismo tiempo sus grandes tarros, una y otra vez, y luego golpean con ellos, al unísono, las mesas. Son verdaderas tablas gimnásticas de ebrios.

La cerveza sosiega, luego alegra, luego apendeja. Los cuerpos y cuerpos y cuerpos se mecen como uno solo, oscilando entre el entusiasmo y el fanatismo, como péndulos un poco acelerados, como metrónomos un poco lentos. En cierto sentido, *todos los* pueblos que se emborrachan desafían a los otros pueblos del planeta e invocan sus propios dioses contra todos los falsos ídolos ajenos. Esta noche, en este *bierhalle*, los extranjeros somos tan obviamente ajenos a su rito clamoroso, que estorbamos; yo diría, incluso, que irritamos.

Muy cerca de nuestra mesa —que por fortuna es pequeña—, tras unos biombo que prestan un cierto aire de conspiración, un grupo de jóvenes varones bávaros se emborracha y se alegra, bebe y canta. Desde luego, no son *lieder* de Schubert y Schumann y Brahms lo que sus potentes voces entonan. *Nein*. Aquí, el Exceso de Alma no es dulce y alegre o dulce y melancólico, sino tonante. Estos muchachos cantan tan fuerte, tan desafiantemente, que parece que quieren acallar todas las otras voces del mundo. ¿Quizás son militares en día franco? ¡Su alegría es tan de caserna!

¡*Trinken, trinken, trinken!*, entonan o aúllan. ¡*Trinken, trinken, trinken!* Aun viniendo de un pueblo borracho y gritón y resentido como el mío, esas voces me asustan. Me asustan mucho. Realmente parece que para ellos la civilización no es aquel abrigo de placeres y complicidades que a fin de cuentas es también el objeto de nuestra crítica; para ellos, la civilización —la comunidad más allá del lugar de nacimiento— parece ser tan sólo una película que les da frío y que súbitamente se quitan de encima.

Es un hecho que cuando se mira a los seres de otro pueblo, siempre se corre el riesgo de encontrarlos demasiado salvajes, o demasiado civilizados. En Eichstätt y en Munich, *I found them both*: para mis luces, son demasiado ambas cosas. Parecen carecer de un centro.

Cuando los muchachos a nuestras espaldas, tras los biombo, empezaron a entonar canciones que por lo menos a nosotros (poco conocedores de las sutilezas del folklore local) nos parecieron idénticas a algunas favoritas de los nazis, huimos de aquel *bierhalle* famoso.

Hace unas horas conté esta historia un poco melodramática a varios amigos serbios. Uno de ellos, que vivió muchos años en Alemania y siempre dice que los serbios deberían aprender de los germanos a trabajar y tener limpias sus ciudades, comentó:

—Los dos sistemas que en este siglo han matado organizadamente a millones y millones de individuos, el comunismo y el nazismo, son obras ambos de ideas alemanas.

IX

Szeged es una ciudad de tamaño apenas mediano en las Américas, pero grandecita en estas partes del mundo. El centro de Szeged es pequeño y bonito, austero pero con colores pastel: verde, azul, rosa, amarillo. La carretera atraviesa la ciudad durante unos buenos veinte minutos: a la izquierda, fábricas y fábricas de aspecto muy anticuado; a la derecha, casas del diecinueve, luego conjuntos habitacionales —muy feos, rodeados de cemento y fango pero no de árboles—, luego más y más factorías.

En Szeged confluyen dos ríos: el Tisza y el Maros, y también dos fronteras: la yugoslava y la rumana, allende las cuales viven sendas minorías húngaras, muy numerosa la segunda: Transilvania...

Luego de dar muchas vueltas, de ir y venir, de preguntar y no recibir ayuda y convencernos de que los húngaros consideran una bajeza o una pérdida de tiempo el ser amables, por fin encontramos el hotel o motel que en la frontera nos mencionaron. Está entre fábricas y enfrente y a la espalda de fábricas, y para entrar hay que pasar a la vera de un territorio extravagante que, si se lo puede describir, describiré como una mezcla de *no man's land*, basurero, camping y cementerio de automóviles. La entrada al estacionamiento del hotel/motel está tan mal señalizada, o nosotros somos tan tontos, que no la encontramos sino hasta el cuarto intento.

Esto, que es irritante (estamos muy cansados), es sin embargo ilustrativo. En tal camping/cementerio medra —y parece habitar más o menos de fijo— una población que uno se imagina mucho más fácilmente en las afueras de Tijuana o de Brownsville que aquí, en Mitteleuropa.

Algunos de ellos son de tez oscura, gitanos tal vez, pero la mayoría parecen magyares de marca: muy blancos y muy altos. Todos, pero en particular los segundos, tienen el aspecto siniestro de aquella gente que vive en los márgenes de la ley en un país que, lo mismo por su feneciente presente comunista que por su fenecido pasado austrohúngaro (pasando por las atrocidades de Bela Kun y Horthy y dos alianzas con Alemania en las guerras de este siglo), esgrime las tablas de la ley con un ceño muy fruncido. Unos son jóvenes, no muy alejados de la adolescencia y ya con rostros sin esperanza y, además, crueles; los demás frisan los cuarenta, los cincuenta y los sesenta años,

hombres y mujeres. Sólo hay un niño.

Todos y cada uno de ellos están embriagados, supongo que con alcohol. Viven en automóviles destartados que deben de ser de su propiedad y que no me atrevo a juzgar si todavía son capaces de desplazarse. Sobre la grava, cocinan y comen y beben y miran el paso de camiones y coches por la carretera de dos carriles. Quién sabe de qué vivan; me imagino que en los países comunistas el margen de utilidad para los pequeños criminales sigue siendo mínimo.

Una vez que conseguimos llegar al estacionamiento del hotel/motel estacionamos el coche y nos dirigimos a la caseta-oficina del mismo, donde escudriñarán minuciosamente nuestros pasaportes, nos harán llenar largos formularios y nos cobrarán una cantidad escandalosa por pasar la noche en habitaciones de muy segunda categoría. (En el baño, el tapete está en mejor condición que las toallas.) De un antro que queda enfrente de la caseta, brota música disco a un volumen increíble y emergen grupitos de individuos borrachos, pero muy borrachos, de ambos sexos.

Uno de esos grupitos es particularmente ruidoso. Lloro una y vociferan los otros. Se trata de una mujer y dos hombres que muy difícilmente se mantienen en pie y de otra mujer, la que llora y también pega de gritos, a la que aquéllos arrastran —entre bofetadas como las que se le propina a la gente histérica, sólo que más fuertes— por el pavimento y los trechos de grava del estacionamiento. Aunque ella no está menos beoda que ellos, no quiere acompañarlos; de su llanto y sus gritos —por momentos casi alaridos— ellos, mascullantes ahora, hacen caso omiso. El resto de los egresados del antro no ignoran los gritos de auxilio de la mujer arrastrada: los celebran con risotadas y comentarios.

—Van a violar a la mujer —digo al empleado hispanoparlante de la caseta, el cual no me responde una palabra. Tal vez se pregunta cuántas veces al día descubro el hilo negro.

Mientras llenamos y llenamos formularios —dirección de la casa y del lugar de trabajo en su ciudad de domicilio; ambos números telefónicos; y otros datos que la policía local necesita saber, a pesar de que ya respondimos en la embajada húngara al solicitar las visas—, dos policías entran. Son altos, gallardos, bien parecidos, cínicos. Miran a los ocho turistas allí reunidos —nosotros y unos yugoslavos y checoslovacos—, hacen unas preguntas a los empleados y se marchan. No han venido, es evidente, para enderezar el entuerto de la mujer arrastrada; asuntos más importantes les incumben.

A todos los turistas nos asignan habitaciones en el edificio del hotel. Parecería que los bungalows se alquilan a individuos de otra especie.

Ya en el restorán —cafetín, en realidad— del hotel, el espectáculo continúa. La gran mayoría de los veinte altos y fornidos y fatigados comensales son hombres: bastos, rudos, de mirada a la vez melancólica y atravesá. Al principio me dan un poco de risa; luego les rindo el tributo de cierto temorcito. Por lo visto, aquí en Mitteleuropa la gente toma *muy en serio sus* máscaras.

Los parroquianos del cafetín nada tienen que ver, por lo demás, con los *car people* del camping/cementerio. Me imagino que ellos son más bien honrados proletarios que dejan el bofe en las numerosas fábricas de Szeged. Cansados de su dura labor, no se sienten admirables estajanovistas que sueñan apacible y excitadamente con el Alba Roja de la Humanidad. Más bien parecería que el modelo de estos sujetos es el difunto Gary Cooper, aunque sin la elegancia y el profundo sentido moralista de éste: cada uno que entra en el cafetín entra len-ta-men-te, desafiando con la mirada a todos los presentes, y toma asiento luego de levantar, azotar y arrastrar la silla con una —digamos— mesurada violencia extrema.

Me parece que ahora comprendo que ni la policía ni el empleado se hayan sobresaltado por la amable chacota de la mujer arrastrada y sus irritables pero alegres compinches.

Una vez en la mesa, el recién llegado al restorán-bar saluda a los conocidos —que son muchos— con un viril y escueto movimiento del antebrazo, de la mano y de la mandíbula. Luego le ladra algo a la mesera, que le lleva vino o licor o cerveza y la carta (cinco platos que él debe conocer). Y luego hace lo que todo hombre rudo hace desde el principio del Wild West: ver, en la tele que a todos nos atosiga con su sonido alto y carraspeante, lo que el Estado destina a sus súbditos.

En la tele pasan una película gringa que ignoro si alguna vez ha sido exhibida en Estados Unidos u otra parte del mundo capitalista. Es un film con muchos, muchos actores de ambos sexos. Ellas están dotadas de pectorales tremendos y ellos de pectorales y bíceps no menos tremendos; para qué hablar de la espectacularidad de los muslos y la gran expresividad (sorda) de las miradas... El idioma no lo entiendo, pues es una película doblada. La trama la entiendo menos, pero no creo mentir si digo que consiste en que unos y Otros se dedican a asesinarse con armas automáticas y granadas y cohetes, a destruir coches de diversas marcas y a mirarse con Gran Lujuria Animal. Al lado de esta película, y de la que sigue, las de Sylvester Stallone son obras de arte de una sensibilidad un poquito tiquis-miquis.

Ahora que lo pienso, este país se encuentra en plena transición a lo que los Antiguos llamaban la Democracia Burguesa, y tal vez el programador no es un empleado del Estado, o no más que la afanadora de la capilla ortodoxa del Kalemegdan; o tal vez lo que vemos es un corruptor programa de una emisora capitalista. En todo caso, no cabe duda de que a la gente le gusta. Cada vez que un actor muerde el polvo, acribillado por el *Superior Firepower* del enemigo, o cada vez que un coche queda reducido a acero en llamas, y ciertamente cada vez que un hombre y una mujer arriman pectoral a pectoral y resoplan líricamente, el público lo celebra con risotadas que yo, ignorante, trato de explicarme por la tradición vampírica de los transilvanos.

Ya en la habitación, luego de un regaderazo y dos tragos y tres malos chistes, tengo que decir que *No Entiendo Nada*. Como no quiero quedarme con la acaso banal impresión de que los húngaros vistos en Szeged lo que más me recuerdan es a los húngaros hieráticos y violentos y arrogantes de

las viejas películas en blanco y negro de Miklos Jancso, me pongo a leer el periódico en inglés y alemán que el gobierno de Hungría destiña a los extranjeros.

Automáticamente aguzo la mente para leer entre líneas, para detectar las mentiras, para develar las verdades. Todo en vano: el periódico para extranjeros es un verdadero panfleto, la publicación más anticomunista que he leído en mi vida. En la España del generalísimo Franco, la Falange no le hubiera concedido una perra gorda de subsidio a este diario tan maniqueísta. "Honecker perdido", "Castro contra la pared", "Gorbáchov miente a su pueblo con la perestroika", "El tirano rumano amenaza a las minorías"... ¡No le ve nada bueno al socialismo real!

Aunque comprenda el *thrill* de ser anticomunista a ultranza en un país como Hungría, realmente No Entiendo Nada aquí.

X

Buda y Pest se miran a través del Danubio, río gris y lento en estas partes, en esta temporada. Budapest me da la impresión de un proyecto de gran ciudad que no alcanzó a cuajar: no le falta algún encanto en ciertas partes, pero yo no diría que es una ciudad encantadora, como lo es la vecina Viena por momentos; luce una antigua prosperidad en algunos barrios, pero es una prosperidad demasiado preocupada por verse sólida, respetable. Budapest es un lugar bien bonito, pero no inolvidable. *Handsome, but not striking.*

Algunos edificios muy grandes —junto a la catedral de San Matías y en el islote Margarita y en la Plaza Roosevelt—son genuinos atentados contra el estilo XIX tardío-XX temprano en Budapest, en lugares particularmente selectos. Indignados, despotricamos contra tales mamotretos, representativos en grado extremo de lo que los serbios, y tal vez todos los yugoslavos, llaman El Estilo Sindical... Hasta que descubrimos que son hoteles para extranjeros prósperos, totalmente ajenos por ello a la abominable estética "moderna" que sobrevino en estos países después de la aterradora estética "eterna" del estalinismo: esos feos edificios son las sedes del Hilton, del Holiday Inn y del Hyatt...

Debo repetir que cada minuto que pasa entiendo menos las cosas de este país.

Ayer, por ejemplo, hice un apunte sobre cómo los nativos deben tomarse en serio las tablas de la ley. Hoy pienso que Sí y No; que la ley y la criminalidad son tal vez facetas igualmente nítidas, intercambiables y espejísticas —como la dialéctica y la práctica siempre adaptables de Lukacs; esto no es aquello excepto cuando los dueños de las Leyes de la Historia dicen que lo es—... En la zona de Budapest que hay que llamar la Zona Fina, la zona de las boutiques y charcuterías y ropa de hombre y tiendas de regalos —la cual, como en todo país comunista que se respete, incluye un McDonalds...— hay por doquier parejas y tríos de individuos que se dedican

abiertamente, bajo la mirada benévola de la policía, a ofrecer florines húngaros a un tipo de cambio más alto que en la frontera, los hoteles y las casas de cambio. En estos locales; cambiar moneda extranjera significa un trámite lleno de severidad: número de pasaporte, cotejo de la cara de uno con la foto, hojas de papel carbón, miradas fijas a los ojos, etcétera.

En la calle, los agentes del mercado negro, heraldos del mercado libre que ansían los nativos, son tan obvios como Livingstone en África. Primero, tienen Catadura Criminal (la Cara Original del comunismo, antes de ser burocrática, es un Rostro Creyente); segundo, en su mayoría no son húngaros: muchos me parecen que son árabes o coreanos. ¿Serán estudiantes a los que el gobierno húngaro les suspendió la beca, una forma más de las tantísimas que hay de desembarazarse de los pactos Internacionalistas y pagar la deuda con el FMI?

He estado alguna vez en países donde hay mercado negro de divisas, y en ninguno de ellos florecía a plena vista, tan a pleno sol y plena luna, de propios y extraños. Sin embargo, no por ello quiero pensar que en Budapest si la policía no actúa contra los mercaderes es porque éstos, por así decir, son honrados comerciantes que pagan, cual se debe, su tajada al Estado.

Una anécdota servirá tal vez para ilustrar mis dudas a este respecto...

Caminamos por la Plaza Roosevelt, junto al Danubio, hacia el Puente Széchenyi, a unos treinta metros del hotel Hyatt —con limusinas a la puerta y porteros imponentes—, del lado de Pest, buscando una oficina de auxilio a turistas. Nadie se acomide a darnos direcciones exactas, o nadie las sabe.

Un hombre vestido con abrigo negro y bufanda de algún color oscuro se nos aproxima. Se dirige a mí. Todo el tiempo se dirigirá a mí. Esta gente olfatea al bobo, al *sucker*. Me sonrío y me dice:

—Guten tag! Wechsel bitte? Exchange? Cambio? Du change?

—No, no —digo yo.

—What language? Italiano?

—No, no.

—Ten táusand forints for júnderd dólar. Ten táusand.

—Es mas del doble de lo que nos dieron en la frontera —dice Evelia.

—¿Tú qué piensas? —pregunto a H.

—Q u e no.

—Ten táusand, ten táusand. What language? Deutsche nicht?

—¿Por qué no? —pregunto yo, que no suelo quebrantar ninguna ley,

—Porque no, porque no —dice H.

—Es más del doble —Evelia aduce.

—Sí, pero —dice H.

—¿Y si cambiamos cien dólares? —pregunto yo.

—Vamos a mitades —Evelia propone.

—Yes, cambio, yes, cambio. Ten táusand. Quickly, quickly.

—*iCáílmate!* —le alzo la voz al tipo—. Ustedes dicen, ¿cambiamos o no?

—Cambio, cambio, yes! Quickly, quickly —dice el tipo mirando rápido a todos lados.

—Ándale, fifty fifty —sugiere Evelia.

—Bueno pues —responde H.

Aquí empieza lo interesante, el embaucamiento, la destreza del *con artist*. El tipo ha sacado un fajo de billetes bastante grueso.

—Yes, yes? —me pregunta.

—Yes, yes —le contesto—, ten thousand forints for a hundred dollars.

—Yes, ten táusand —y me da un grueso fajo de billetes, que me pongo *in petto* para contarlos—. Quickly, quickly.

—*Cálmate*, ya té dije —le digo nuevamente en español. Hacer esto en plena luz pública me pone muy nervioso; y más nervioso me pone él con sus ganas de apresurarme.

Cuento los billetes y, claro, descubro que sólo hay 9 800 florines. Le digo al tipo:

—No. Here only nine thousand eight hundred dollars.

—Was? What?

—Not correct. There's only nine thousand eight hundred dollars here.

—Not correct? —pregunta.

—No, definitely *not* correct.

—Quickly, quickly.

—No, not quickly. Y not correct tampoco.

—Poco? —pregunta el cambista.

—Si, si, poco soldi qui! —le exclamo.

El tipo hace un gesto de sorpresa y cuenta los billetes. —Ten táusand —afirma.

—*No*. Two hundred missing here. Two hundred forints lacking —le digo.

—Ah! zwei hunderd! Ja! Ja!

El tipo ha tenido que reconocer que faltan doscientos forints.

—Two hundred forints missing. Ja? —digo yo.

Ya no sólo estamos los tres mexicanos y el cambista. Un hombre de aspecto torvo o banal, en todo caso policiaco, se aproxima muy lentamente.

En su mano izquierda, el cambista tiene el fajo de billetes que yo le devolví. Su mano izquierda es la que me queda más cerca. Con la mano derecha, hurga y hurga en el bolsillo del abrigo. Por fin, extrae *exactamente* dos billetes de cien florines.

Nos enseña los doscientos forints a los tres.

—All right? —pregunta.

—Yes, yes! —le digo apurándolo.

Veo cómo el tipo pone los doscientos forints sobre el fajo que tiene en la mano izquierda, mismo que me extiende. Simultáneamente, Evelia le entrega cien dólares.

—Thank you, good-bye —dice, y se marcha.

Camino unos pasos hacia el Puente Széchenyi y me pongo a contar los billetes.

Exclama H.:

—¡Son dinares, no florines! ¡Te estafaron!

—¿Qué?

Y miro: ocho de los nueve billetes de a mil son dinares. ¿Al contarlos, no me di cuenta de que *NO* eran forints? Es posible. Pero es dudoso: luego de una semana y media en Yugoslavia, sí a algo me he acostumbrado es a los devaluados billetes de mil dinares.

—¡AGÁRRALO! —grito, y comienzo a correr tras el tipo.

El otro hombre que anda en los alrededores, apacible, adopta un aire ingenuamente curioso, como policiazo, y me detiene y me pregunta:

—Something happens, sir? You exchanged Hungarian money in black market?

—¡No, no! —exclámole, y echo de nuevo a correr en dirección al Hyatt.

El estafador no corre. Camina rápido. Cuando ve que lo persigo, trota; finge que quiere atrapar el tranvía que está a punto de hacer parada antes de pasar bajo el Széchenyi. Unos coches demoran al tipo del abrigo negro. No es sino ahora que noto que es un individuo calvo y de baja estatura.

Cruzo rápidamente entre los coches, pero ya el perseguido se esfumó. ¿Se subió al tranvía?

El otro sujeto, el que se hizo pasar por tira, no se ha esfumado, pero ya recorrió más de medio puente en dirección al lado Buda del Danubio...

(Si no eran dinares los billetes que yo conté dos veces, ¿qué pasó? Pasó que ese sujeto me hizo obsesionarme con la falta de doscientos miserables florines; pasó que nos hizo concentrar nuestras miradas en su mano derecha, en el bolsillo derecho de su abrigo y en los dos billetes de cien florines que extraía tan a regañadientes. Y con la mano izquierda metió en el otro bolsillo el fajo original y sacó el de los dinares.)

¿Costumbre comunista, o novedad capitalista? Uno podría pasarse horas pesando los pros y los contras.

En todo caso, horas después, con ochentaitantos dólares de menos, los tres embaucados damos un paseo por las calles peatonales de la Zona Fina de Budapest, unas tres cuadras por seis. El gentío es impresionante. Los lugareños sin duda tienen la costumbre de observarse entre sí en estas calles elegantes los viernes y sábados. Muchos y muchas lucen, la verdad, de lo más distinguidos, con ropas dignas de Viena o Berlín: los abrigos, las bufandas, las botas, la altiva

expresión rostral. Hay otros, minoritarios; lucen miserables y destruidos. Según mi cálculo, están jodidos desde hace *por lo menos* un lustro.

Turistas, nosotros comemos pasteles. Son una delicia.

También probamos los helados. Son extraordinarios.

Entramos en las boutiques. Son fabulosas, de mucho mejor gusto que en Munich; mucho menos numerosas, pero más originales; y carísimas.

Al empezar este viaje, ojeando la revista *Capital* en vuelo a Frankfurt, recuerdo que me preguntaba yo cuantos productos de consumo me asombrarían en Europa Occidental durante este viaje. La respuesta es que ninguno. En Baviera, aparte de *una* Kombi Limousinen vista de lejos, sólo vi adminículos y *status objects* ya conocidos per se. Muy buenos, sí, buenísimos; mas ya conocidos.

Sin embargo, quedará en mi memoria el asombroso lujo y la originalidad de algunas boutiques de ropa en Budapest.

XI

Veo una vez más en el hotel, en la tele, el impresionante éxodo de alemanes orientales a través de la frontera húngara. La gente, cuando entra en Austria, llora y se besa y se abraza. Son prusianos enternecidos...

Baviera y Prusia, las dos almas extremas de Alemania, pronto serán parte del mismo Estado.

Lo que más llama la atención es que la inmensa mayoría de los que huyen son *jóvenes*.

Parece que no hay un solo país comunista que no sea un desastre económico, político y ético.

En Yugoslavia, todas las noches la TV transmite las noticias de CNN. Aquí, en el hotel, veo Antenne IV, de París... Estas gentes sólo creen en las noticias si provienen de una fuente occidental.

Estos pueblos, creo, están inenarrablemente hartos del fracaso económico, de la tiranía política y de la inmoralidad consustancial de sus regímenes. Sienten un Entusiasmo Ilimitado por el capitalismo. Cuando sigan siendo satélites, pero ahora de la CEE y, ante todo, de Alemania —el país más pujante y poderoso de toda Europa—, ¡ya se toparán con las infamias capitalistas!

Por el momento, el capitalismo para ellos es la Utopía que Sí se ha Realizado en la Tierra.

Lo que estas gentes ignoran aún es que son demasiado pobres y perezosos e ineficientes para que los Europeos del Oeste ya los dejen entrar en su Utopía por la puerta de la Gente Bien.

XII

La catedral de San Matías, en Buda, es muy hermosa. El recinto es oscuro y sereno y está lleno de

gente que bisbisea: muchos son fieles que oran, pero la mayoría son turistas, incluidos turistas húngaros que tal vez nunca antes estuvieron aquí y que escuchan muy, muy atentamente la explicación de la guía. Me encantaría saber qué es lo que les dice y, sobre todo, cómo se los dice, pero ni una sola pista se me revela. Entre eslavos que hablan un idioma romance (los rumanos), y eslavos que hablan lenguajes eslávicos pero no siempre son cristianos (bosnios, hercegovinos) y pueblos de habla alemana (alemanes y austriacos y minorías), los húngaros se expresan en un idioma muy distinto, emparentado tan sólo con la lengua turca por un lado y la finlandesa por el otro. ¿Será ésta la clave de su arrogancia?

Diga lo que diga, dígallo como lo diga, tanto la guía como quienes la escuchan parecen sentirse devotos y orgullosos. Hoy, es cierto, Hungría es un muy pequeño país en gran crisis económica y en proceso de desembarazarse de quienes lo dirigieron desde 1949, pero ¡ésta, San Matías, es la iglesia principal de los magyares, antaño poderosos en esta parte del mundo! ¡Esta es la catedral de la Hermana Más Querida de la corona austriaca, de La Otra Capital del Imperio Austrohúngaro! Esta fue, en suma, la iglesia preferida de los reyes y señores feudales de Hungría, cuyas tumbas están debajo de nuestros pies, en las catacumbas, y cuya historia, cuyas coronas, cuyos mantos, cuyas tiaras, cuyos blasones, cuyas armaduras, cuyos sables y espadas se exhiben con orgullo en el museo que ocupa los aposentos que algún día pertenecieron a los arzobispos de Hungría.

¿Que Hungría, como Checoslovaquia, alguna vez fue protestante? ¿Que esta misma catedral de San Matías fue, bajo los otomanos, una mezquita muchos, muchos años?

Es lo de más y lo de menos. Lo que importa es que San Matías es una iglesia extraña y fascinante: medio bizantina, medio barroca, medio gótica. Las columnas y varios arcos están pintados de rojo y gualda, lo que le da un aire palaciego. Y se le nota a San Matías cuán católica es a fin de cuentas: la oscuridad de la nave, el oro de los retablos, los fieles que extremean los gestos de sumisión a su Dios.

Si fuera cierto que la religión es el opio del pueblo, entonces los países de esta parte del mundo están llenos de opiómanos.

El desastre que es el comunismo ha producido en Europa un *revival* religioso realmente espectacular.

Por otra parte, allí donde imperó la doctrina del Internacionalismo se han desatado los peores orgullos nacionales; Europa Central, los Balcanes y partes de la URSS regresan a como eran antes de 1914.

Afuera de la catedral de San Matías, dos muchachos a su modo responden a esto y se desgañitan, ingenuos y sentimentales, cantando viejas, viejas canciones de los Beatles: "I wanna hold your hand", "She loves you", "All you need is love"... Algunas personas —muy pocas— arrojan monedas en los estuches de las guitarras.

Y anoche cayó el Muro de Berlín.

Lo vi en la TV. Europa se une. Se acabó la Guerra Fría, bajo cuyo reglamento maniqueo mi generación ha vivido *toda* su vida. El comentarista francés de TV gritaba, tratando de hacerse escuchar sobre los gritos y los cantos de la multitud, que bailaba y daba brincos de júbilo a contraluz de la Puerta de Brandenburgo:

—¡Es increíble! ¡Es extraordinario! ¡La gente está vuelta loca, los berlineses de ambos lados bailan, cayó el Muro de Berlín! ¡La unificación de las dos Alemanias no puede estar lejos! ¡La historia de Europa da un giro que ya se presentía, pero que aún no estaba previsto!

Y no fue el capitalismo el sistema que se desplomó.